

de influencia y de responsabilidades internacionales, como quedó de manifiesto en el desmembramiento de Yugoslavia. Además, hubo que hacer frente a nuevas formas de intervencionismo, sintetizadas en el mal llamado derecho de injerencia. Desde luego, esto no fue todo. En América Latina tenía lugar un proceso de modernización económica, a la par que se alcanzaban la consolidación y perfeccionamiento de la democracia en la mayor parte de las naciones del continente.

Estos fenómenos, a veces traumatizantes y propiciadores de gran incertidumbre, hicieron más que notoria la necesidad de una política exterior que a la vez atendiera varios frentes y sacara el máximo provecho de sus vínculos con el mundo, no sólo en el sentido del desarrollo económico sino más bien, en primer lugar, en la defensa de los principios básicos y del derecho internacional. Se trataba, de acuerdo con Andrés Rozental, de "adoptar un enfoque de gran flexibilidad y pragmatismo, ante un escenario mundial que permitía vislumbrar cambios acelerados y profundos" (p. 51). La diversificación consistió, en este sentido, en diseñar, ejecutar y continuar un conjunto de acciones que permitieran reafirmar la presencia de México en diversos puntos del planeta.

De acuerdo al subsecretario de Relaciones Exteriores, "la intención más concreta era la de disminuir el riesgo de caer en una posición de vulnerabilidad frente a un país o grupo de países, por haber concentrado los intereses nacionales ante éstos" (p. 42). Es im-

portante señalar que la estrategia requirió ajustes o modificaciones según fueron sucediéndose los acontecimientos. Se trataba de no quedar al margen de la dinámica mundial, para lo cual se agregaron o se retiraron elementos de la propuesta mexicana original en política exterior, de acuerdo con las transformaciones que sufría el sistema internacional.

Desde esta perspectiva, deben analizarse medidas como el establecimiento de un nuevo tipo de relación con los Estados Unidos, según áreas de interés, de manera que un conflicto en una de ellas no interfiriera en las demás; el acercamiento con Canadá, nación con la que se había mantenido una política de bajo perfil; la decisión de formar un tratado trilateral de libre comercio con estos dos países; el estrechamiento de los vínculos con Europa; la presencia activa y de pleno derecho en todos los foros de la Cuenca del Pacífico; la nueva fórmula, de etapa por etapa, para lograr la integración con América Latina y, por ende, la firma de acuerdos de libre comercio con Chile, Costa Rica, Colombia y Venezuela y la negociación de varios más; la fundación de la Conferencia Iberoamericana que intenta establecer lazos de unión entre América Latina y Europa, vía España, y Portugal; el establecimiento de relaciones con el Vaticano; el ingreso de México a la Organización de Cooperación y Desarrollo Económico; la búsqueda de una reforma de la ONU y la OEA para que respondan mejor a los cambios internacionales y la modernización del Servicio Exterior Mexicano a través de una

mayor profesionalización de sus miembros y su constante actualización.

En todos esos escenarios, México se encuentra presente. Su política exterior plantea iniciativas, hace propuestas, se mantiene dinámica. Además, busca fortalecer la soberanía nacional y contribuir al desarrollo económico y social nacional. Para Andrés Rozental, todavía se espera mucho de México en el plano internacional.

No debe olvidarse, como ha dicho otro profesional de la política exterior, que nuestro país es a la vez parte de América del Norte y América Latina; ve hacia el Pacífico y el Atlántico; es una bisagra entre el norte desarrollado y el sur en vías de desarrollo; y es el promotor más activo de la paz y el derecho internacional. De ahí que sean muchos y diversos los retos y desafíos que los mexicanos tendrán que enfrentar, por decisión propia, en el campo de las relaciones internacionales. Para lograrlo con éxito, debemos poner por delante los principios de nuestra política exterior y la adecuada promoción de los intereses nacionales, sostiene Andrés Rozental.

Sin duda, de cara al futuro ésta deberá ser la fórmula de la política exterior mexicana, sobre todo si la inestabilidad y la incertidumbre siguen siendo factores principales de la sociedad internacional. ♦

Andrés Rozental: *La política exterior de México en la era de la modernidad*, Fondo de Cultura Económica, México, 1993. 198 pp.

Eros en las cartas de Rafael Cabrera a Julio Torri

SERGE I. ZAÏTZEFF

Como todo poeta de temperamento romántico, Rafael Cabrera (1884-1943) cultivó con cierta tristeza y melancolía el tema del amor. La mayor parte su poesía es lírica y subjetiva, como lo revela su único poemario *Presagios* (1912), libro que recoge composiciones tempranas publicadas en su Puebla natal y en la capital. Esa misma tendencia caracteriza sus únicas narraciones,¹ las cuales

recuerdan a Manuel Gutiérrez Nájera por su perspectiva poética y su tono de desilusión. Tanto en su poesía como en su prosa, Cabrera se distingue como un escritor de filiación modernista evitando los excesos de la época.

El gusto de Cabrera por la expresión poética y pulida se manifiesta claramente en los autores que escoge para sus traducciones: Aloysius Bertrand, Marcel Schwob y Maurice Maeterlinck. Además, su importante labor como traductor confirma la fascinación que Eros iba ejerciendo en él. Primero, en 1917, se interesa en el *Cantar de los cantares* y luego,

en 1918, ofrece a los lectores de *Cvltvra* su versión de parte de la *Anthologie de l'amour asiatique* (1906) de Adolphe Thalasso. Escoge los ejemplos más representativos de esos "cantos extraños y turbadores" y recomienda una actitud comprensiva y libre de prejuicios porque se da cuenta de que el erotismo de esos poetas puede resultar desconcertante. Los temas un tanto esotéricos siempre sedujeron a Cabrera, quien poseía una rara curiosidad intelectual y un criterio excepcionalmente amplio.

Esa atracción hacia el amor erótico se intensifica con su traslado a Roma en marzo de 1919 como segundo secretario en la Legación de México. Así lo demuestran sus magníficas cartas (todavía inéditas)² a su íntimo amigo, el escritor Julio Torri, con quien había trabajado

¹ "Por un libro", en *El Mundo Ilustrado*, 29 de enero de 1908 y "El canario de Elena", en *El Mundo Ilustrado*, 23 de febrero de 1908.

² Estas cartas se incluyen en nuestra edición de Julio Torri, *Epistolarios*, que aparecerá próximamente publicada por la UNAM.

en la Dirección General de Bellas Artes además de haber colaborado en la colección Cvltvra. Desde un principio Cabrera le manda libros de interés común —*La Magie de l'amour* de Camille Maclair y las cartas de mujeres a Casanova— y sobre todo aparece su fascinación por las mujeres italianas, lo mismo las lavanderas que las bañistas. Enseguida se siente irresistiblemente atraído por su voz, su mirada y su belleza.

Aquel mundo eminentemente sensual lo seduce, y siguiendo los consejos de otro amigo suyo, el poeta Efrén Rebollo (‘‘el más infatigablemente erótico de nuestros semidioses’’), y de Oscar Wilde, peca para no tener tentaciones. A Torri le revela los momentos más sobresalientes de sus aventuras y lo guía por esas calles llenas de peligro involucrándolo en la acción. Dice:

Vas por la *Via dei Condotti* o por el *Corso Umberto I* [...] y cada milímetro encuentras una ocasión de pecar [...] oírás una voz grave, ronca, velada [...] y tú vas magnetizado por unos ojos de brasa, por unas caderas perfectas, y por unos senos que marcan sobre el ligerísimo vestido los pezones erectos. Y vas...

Cabrera sabe que su privilegiado lector saboreará esas cartas y por eso lo hace ver, oír y sentir sus experiencias eróticas. Y para aumentar el efecto de su narración, la interrumpe abruptamente, como en su descripción de una escena en la notoria casa de la señora Amalia, con una joven de gran belleza que se vale de un simulacro porque pronto se casará y tiene que ser virgen. Como en las novelas de folletín, Cabrera promete algo aun mejor en su próxima carta. Lo cierto es que en pocos meses ha tenido una impresionante vida amorosa que debe haber provocado la envidia de su compañero, también muy devoto de las aventuras galantes.

En Italia, el temperamento sensual de Cabrera florece tanto en el contacto con su arte y literatura como con sus mujeres. Le encanta la actitud sincera y apasionada de las italianas ante el amor (‘‘Aman el goce inmediato’’), tan diferente del romanticismo dulzón que prevalecía en México y que lo irritaba enormemente. En aquellas tierras de Boccaccio, Cabrera encuentra la felicidad y se entrega al placer. En realidad todo le interesa —una ‘‘pecadorcita anónima’’ igual que un fresco de Rafael— y todo se lo quiere comunicar a Torri.

Las ricas experiencias de Cabrera, quien exhibe un agudo sentido de observación, producen unas cartas que son verdaderas páginas de novela. Tal es la descripción de la presencia

de un fraile en una casa de tolerancia. Se mantiene el interés narrativo y se sugiere todo un episodio ilícito mediante la brevedad y la ironía, virtudes muy apreciadas por Torri. Ambos autores coinciden también en su gusto por el fragmento y por la idea de no agotar un tema. En pocas líneas el espectador que se encontraba allí por ‘‘mera coincidencia’’ traza una sugerente estampa. La más de las veces, sin embargo, Cabrera es el actor de esos encuentros eróticos que llenan las hojas de esas cartas, las cuales se leen como mini-narraciones. Como lo reconoce él mismo, se agudizan considerablemente los sentidos en esa zona de pinos, cipreses y frutas, algunas de las cuales ‘‘dejan un resabio parecido al de ciertos besos de mujer’’. Aunque es evidente que le es imposible resistir a las tentaciones de la carne, a veces ese erotismo es sustituido por un romanticismo ideal reminiscente de sus años juveniles. Así, en una esplendorosa noche de verano, se enamora desde su cuarto de una voluptuosa voz femenina que se convierte en la mujer de sus sueños y que como siempre se evapora. Está convencido de que su destino está en las manos de esa mujer pero al mismo tiempo confiesa con cierto humor que ‘‘no es decoroso salir al encuentro del Destino, en pijama, y yo estaba en pijama.’’ El romántico que es Cabrera tiene que conformarse con haber perdido una vez más un amor que imaginaba definitivo.

Con todo, no disminuye su incontenible admiración por las ‘‘adorables italianas de ojos húmedos, bocas criminales y carnes doradas, doradas, doradas...’’ En contraste con las mujeres de su país, que considera presas de la frialdad indígena y de la herencia española, las italianas viven y aman libremente sin el menor escrúpulo de orden moral. Disfrutan plenamente de la vida y del amor desconociendo las limitaciones impuestas por los dogmas religiosos. Ese paganismo vital resulta ser toda una revelación para ese poeta oriundo de una Puebla extremadamente conservadora y católica. En Roma descubre el amor espontáneo, natural y libre en una larga serie de idilios ilícitos que se complace en compartir con Torri, a quien siempre coloca en la acción. El hechizo que Italia ejerce sobre Cabrera también lo lleva a profundizar sus conocimientos acerca de la época de los Borgia, en particular acerca de algunas de sus mujeres más célebres, y a explorar las ruinas de la antigua Roma. Pero Eros no deja de acosarlo como se ve al final de una carta fechada el 30 de octubre de 1919: ‘‘Adiós Julio pérfido. El amor me llama. Ayer regresó de su viaje de bodas mi

novia, y se me ha recargado el trabajo. ¡Ah Julio!... no te imaginas el encanto que hay en tener a una muchachita rubia sobre las rodillas, que te mima y te habla en la más dulce de las lenguas...’’

Parece que, inesperadamente según las cartas de 1920, Cabrera tuvo que renunciar a esa vida de disipación luego de una grave enfermedad, sin que ello le impidiera enamorarse de mujeres jóvenes, bellas y con voz de contralto. Inclusive ‘‘el hombre más enemigo del matrimonio y más partidario del amor libre’’ —como se describe a sí mismo— podría sorprender a su corresponsal casándose en cualquier momento y así cometer la última locura. Se da cuenta de que por su culto a Eros ha sacrificado a las musas y ahora arrepentido piensa volver a sus versos y a proyectos sobre César Borgia, Maquiavelo e Isabella d'Este. De sus lecturas italianas saca para su amigo datos curiosos que le serán de interés, casi siempre relacionados con temas femeninos. También le obsequia reproducciones artísticas correspondientes a los gustos de ambos y le confía sus pensamientos acerca del amor, el cual puede ser cruel, aunque en su propio caso reconoce haber sido correspondido. No obstante, Cabrera es un poeta profundamente romántico y por lo tanto no ha podido realizar todavía su ideal. En el fondo, la posibilidad de lograr la felicidad le parece inalcanzable. Así formula su visión un tanto escéptica del mundo:

¿no te ha ocurrido que en el momento preciso en que tú vas en una *calandria*, entre maletas, rumbo a una estación de ferrocarril, contando angustiosamente los minutos, pasa una muchacha (delgada, pálida, de ojos graves) y clava un momento en ti su mirada profunda y límpida, y tú sientes que *esa y únicamente esa* es la que podría hacerte feliz; y la muchacha pasa, y tú sigues rumbo a la estación pensando en la que no conocías cinco minutos antes, idealizando un ‘‘sueño familiar’’ que no se realizará nunca, y con la certidumbre de que no la volverás a encontrar en la tierra?

Hastiado de sus aventuras frívolas, Cabrera sueña con una relación más firme y permanente. Convalesciente se refugia en la música y escribe unas cuantas cartas. Como no conserva copia de éstas —escritas ‘‘al correr de la pluma’’—, le pide a Torri un resumen de las que tiene con el fin de elaborar un tomo para la colección Cvltvra. Le interesa reunir notas misceláneas sobre Italia en textos donde prevalecería ‘‘la nota personal, a mi juicio breve, nerviosa y elegante’’. No cabe duda de que podría haber sido un libro de sumo

interés dada la enorme erudición de Cabrera, además de sus sabrosas experiencias personales dignas de un Casanova, personaje que le inspiraba una sincera admiración. No sólo tenía a su alcance un rico material sino que era dueño de un estilo claro y pulido. Estas cartas a Torri, más que las que le escribe a Alfonso Reyes³ antes y después de ese interludio romano, confirman la sensibilidad poética que demostró desde sus primeros escritos, así como su innegable don de narrador. El actor de esos episodios erótico-sentimentales capta el detalle preciso y da a esta especie de diario una vividez admirable. Esas cartas no podrían haber tenido un destinatario más perfecto que Julio Torri, quien estimaba y practicaba las mismas cualidades literarias que allí se exhiben y sobre todo vivía perseguido irremediablemente por Eros. Por eso Cabrera se deleita en hacerlo partícipe de sus envidiables aventuras sexuales. A su vez Torri le corresponde con cartas igualmente confidenciales que deben haber sido las más reveladoras y jugosas de su rico epistolario. De las muchas amistades que mantuvo Torri, la de Cabrera fue quizás la

más íntima, la más espontánea. A diferencia de Alfonso Reyes o de Pedro Henríquez Ureña, Rafael Cabrera se reveló enteramente a su compañero coahuilense contándole sin escrúpulos aspectos de su vida personal y éste hizo lo mismo. Desgraciadamente esta correspondencia tan prometedora ha quedado sumamente fragmentada.⁴

Las cartas de Cabrera que Torri guardó cuidadosamente entre sus papeles constituyen un valioso testimonio, único entre los epistolarios mexicanos que se conocen, de un hombre y su encuentro con Eros. En el México de esa época sólo su amigo Efrén Rebollo se inspiró directamente en el erotismo para elaborar los doce sonetos de *Caro victrix* (1916), mientras que Alfonso Reyes y Julio Torri, ambos muy aficionados a los placeres de la carne, casi no aprovecharon en sus textos la riqueza de su vida amorosa. En el caso de Rafael Cabrera, aunque es cierto que no pudo dar textos definitivos, por lo menos podemos disfrutar esas cartas llenas de espontaneidad y vitalidad que vienen a ser como un himno a la belleza, a la mujer y a Eros. ♦

³ Próximamente El Colegio Nacional dará a conocer nuestra edición de la correspondencia entre Alfonso Reyes y Rafael Cabrera.

⁴ Sólo se han conservado dos cartas de Julio Torri a Rafael Cabrera.

UNIVERSIDAD

DE MÉXICO

REVISTA DE LA UNIVERSIDAD NACIONAL AUTÓNOMA DE MÉXICO

NÚMERO EXTRAORDINARIO 1994

Ciudad Universitaria XL Aniversario

De venta en las librerías y en el
Sistema de Tiendas de la UNAM

y en las oficinas de la propia
revista:

Insurgentes Sur, 3744.

Tels: 666 3972,

666 3624

y FAX 666 3749

La Gaceta

DEL FONDO DE CULTURA ECONÓMICA

NUEVA ÉPOCA

NÚMERO 287

NOVIEMBRE DE 1994

Algunos apocalipsis

ARIDJIS: LEYENDA DE LOS SOLES • MONSIVÁIS: CIUDAD DE MÉXICO
IBARGÜENGOITIA: FIN DE ESTAS TRIBUS • LOIS PARKINSON ZAMORA:
APOCALIPSIS EN GARCÍA MÁRQUEZ • WILLIAM OSPINA: NAUFRAGIO DE
METRÓPOLIS • CASTAÑÓN: CRISTEROS • CHARLES PANATI:
EXTINCCIONES MODERNAS • LUCIEN BOIA: FIN DEL MUNDO, HISTORIA
SIN FIN • ANA GARCÍA BERGUA: LA APARICIÓN DE SANTA BRÍGIDA
NORMAN O. BROWN: DIONISIO EN 1990 • VASSILI ROZANOV: TIEMPOS
DEL FIN • CARMEN BOULLOSA: MILENARISMOS • VÍCTOR HERRERA: EL
EMBUDO • CONRADO TOSTADO: AUTOBÚS • KARL POPPER:
PRESOCRÁTICOS • POESÍA APOCALÍPTICA DE VICTOR HUGO, HOPKINS,
PACHECO, LIZALDE, M.M. VILLARREAL Y MERWIN

